

La Diosa Blanca y el Real Madrid. Celebraciones deportivas y espacio urbano

CARMEN ORTIZ GARCÍA
Dpto. de Antropología
CSIC. Madrid

RESUMEN

Las relaciones que tienen los equipos de fútbol con sus ciudades ha sido uno de los aspectos destacados más frecuentemente por los antropólogos dedicados al estudio de las manifestaciones sociales y culturales desarrolladas alrededor de este deporte. En este trabajo se parte de una presentación de las condiciones de uso, prácticas y simbólicas, del espacio urbano por parte de los hinchas de fútbol en Madrid y otras ciudades españolas. Concretamente se expone la cuestión polémica de la apropiación de ciertos elementos del patrimonio urbano (monumentos, plazas, fuentes) ocurrida durante las últimas décadas en las grandes concentraciones que tienen lugar con motivo de la celebración de las victorias de los clubes en los campeonatos. El análisis de estas “fiestas del fútbol” se centrará en los diferentes agentes sociales que juegan un papel en la definición de los bienes patrimoniales y las posibilidades de uso del espacio público.

Palabras clave: Fútbol, Patrimonio cultural, Espacio público, Antropología del deporte, Fiestas.

SUMMARY

One of the most frequent topics analyzed by anthropologists studying the social and cultural expressions around football is the relation between the soccer teams and the cities where they are based. In this paper an introduction is presented to the uses, both symbolic and practical, of the urban space by the soccer hooligans in Madrid and other Spanish cities. Specifically it treats the controversial question of the seizure in the last decades of some elements of the urban heritage (monuments, squares, fountains, etc.) by huge concentration of hooligans celebrating the victories of their teams in the championships. The analysis of these “football parties” focuses on the various social agents playing a role in the definition of heritage and the possibilities of its public use

Key words: Soccer, Cultural Heritage, Urban public areas, Anthropology of Sport, Holidays.

EL FÚTBOL, UN JUEGO TERRITORIAL

Como es generalmente reconocido, el fútbol es uno de los hechos más universales a los que se puede enfrentar el observador que se interese por la sociedad del mundo actual. Ya haya sido definido como “un proceso social en miniatura” (Elias 1992: 70); un hecho social total (Padiglione 1996: 399), como un ritual religioso (Bromberger 1995: 313-349; 2000: 267-274) o, siguiendo a Geertz, como un juego profundo (Bromberger 2000: 254-260), las posibilidades que el fútbol ofrece para el análisis simbólico y social están en la base de la atracción que presenta para los antropólogos y otros científicos sociales. Así pues, en un ambiente en que, como Hannerz (1998: 55-57) ha señalado, se produce una cierta deificación de la cultura, no debe extrañar que se hable y escriba con naturalidad y profusión de “cultura o culturas del fútbol” (Armstrong y Giulianotti 1997).

La extensión extraordinaria del fútbol en el mundo de hoy, ha permitido hablar de él como una “pasión planetaria” (Bromberger 2000: 254) que se expande utilizando los medios más sofisticados de comunicación y circulación de capitales de la globalización; pero a la vez nos referimos a una realidad profundamente enraizada en las culturales locales. Es en la calle donde se comienza a jugar al fútbol en la infancia (al menos en gran parte del mundo), y al equipo local se afilia uno como seguidor. Así pues, desde sus orígenes aristocráticos y su asimilación posterior por las clases populares, puede decirse que el fútbol es un hecho eminentemente ciudadano. La relación íntima entre la ciudad y el fútbol se manifiesta, por ejemplo, en la identificación de los grandes equipos con ciudades, en general de gran tamaño, sin las cuales parece impensable que este deporte se hubiera desarrollado (Buenos Aires, Manchester, Río de Janeiro, Milán, Munich...). A su vez, cada vez más ahora, parece que uno de los criterios importantes para juzgar el prestigio de muchas ciudades es el poder contar con un equipo de fútbol que las represente en las ligas nacionales de primera división y mejor si pueden encontrarse simbolizadas a través de clubes con un victorioso palmarés (Barcelona, Nápoles, Marsella, Madrid). De una forma más precisa, y dada la fuerte segmentación de ámbitos de la vida ciudadana, la perspectiva del seguidor del equipo de fútbol se ha señalado por Amalia Signorelli como uno de los puntos de vista desde los cuales la ciudad, tanto territorial como simbólicamente, cobra sentido y puede ser practicada (Signorelli 1999: 189).

A través de este juego de identificaciones de territorios concretos con clubes representativos y equipos representantes, en el fútbol se libra una batalla metafórica (Capistegui y Walton 2001) en que los barrios, las ciudades,

los países y los continentes luchan entre sí y resultan clasificados en un ranking absoluto, en función de los resultados obtenidos en el enfrentamiento deportivo que tiene lugar en un lugar concreto: el estadio (Signorelli 1999: 192). Esta capacidad del fútbol para canalizar, en forma competitiva, tanto identidades como antagonismos locales, regionales o nacionales (Bromberger 2000: 262), así como su consecuente utilización por parte de muy distintas ideologías y regímenes políticos ha sido también uno de los aspectos que más han interesado a los investigadores (Caspistegui y Walton 2001; Fábregas 2001; MacClancy 1997; Armstrong y Giulianotti 1997; Archetti 1995).

Pero, además del carácter simbólico del vínculo que se establece entre el fútbol y el terreno político, hay otro aspecto de las relaciones espaciales o territoriales que se materializa realmente en el ámbito local. En la medida en que los límites espaciales se han vuelto difusos y las posibilidades de los medios de comunicación han aumentado, acrecentando la masa mediatizada, podría pensarse que la reunión física de grandes contingentes de población en un punto determinado tendería a disminuir. Y, sin embargo, los estadios de fútbol no sufren ninguna crisis de afluencia e incluso han visto considerablemente aumentada su capacidad. En este hecho, evidentemente, tienen mucho que ver las mayores posibilidades de participar en el consumo de ocio y cultura que existen hoy. Pero también merece la pena constatar que la presencia de los medios de comunicación y la preeminencia del mercado no consiguen llevar a cabo un cambio total en el guión del comportamiento social (García Canclini 1989: 240-245). A ello se une que, el evidente refugio de la sociabilidad en las relaciones privadas, cada vez más restringidas además, en detrimento de las públicas, produce, a su vez, un aumento de la necesidad de visibilidad de los grupos sociales, que enfocan sus actuaciones según las normas de los sistemas mediáticos.

En el caso del fútbol, estos movimientos tienen una plasmación muy directa en la vida de la ciudad, tanto si se expresan dentro como fuera de la calle (es decir, en el ámbito privado o en el público). Como ha descrito Amalia Signorelli (1999: 191-192), de una forma muy gráfica, todo el que vive en una gran ciudad sabe por experiencia propia que un partido de fútbol es lo que produce un mayor vacío en las calles y espacios públicos. Los hinchas se concentran en el estadio y el resto sigue el juego por televisión en casa, o en sus bares y peñas habituales. Todos están conectados por satélite, pero cada uno está en su casa y participa de un modo aislado. Por otra parte, el partido ha modificado los horarios habituales de trabajo y el tráfico de la ciudad, que queda así como suspendida en un tiempo de expectación. La ausencia de los ruidos habituales resalta más por los ocasionales estallidos (bocinas de coches, gritos en los bares, trompetas, etc.) que provocan las incidencias importantes del juego. En España fue costumbre

durante muchos años del franquismo, que los partidos importantes, de la selección nacional o los grandes equipos del campeonato de liga, se televisaran haciéndolos coincidir con ciertas fechas claves, como el primero de mayo, en que las autoridades temían disturbios en las calles, y estos usos forman parte de la teoría, en parte cierta, del uso del fútbol como droga social por el régimen franquista (Shaw 1987: 95-120).

En relación con éste, otro de los temas más tratados por los especialistas en el estudio del fútbol es el asunto de las hinchadas y el carácter violento de ciertos grupos de aficionados (Dunning 1990; Adán 1998), acerca de los cuales se ha destacado su motivación fuertemente territorial, de salvaguarda de un espacio propio, tanto en el estadio (los fondos) como en la ciudad (alrededores del estadio, peñas concretas, barrios, etc.) (Roversi 1998: 85). Con independencia de la existencia de *hooligans*, los hinchas de fútbol organizan sus actuaciones como un espectáculo (Bromberger 1995: 297-310), ateniéndose, pues, a unas normas de carácter estético y comunicativo, muy conscientes de que sus coreografías, sus cánticos, atuendos, pancartas, etc., serán observados por miles de personas dentro del estadio, pero, sobre todo, retransmitidos por televisión a millones de hogares. La elaboración de tales *performances* es una parte fundamental de la vida del aficionado y resulta más formal y disciplinada de lo que pudiera parecer a primera vista (Signorelli 1999: 195-205).

Pero además, esta visibilidad de los hinchas no se limita a su actuación en el estadio. El hecho señalado de que “es la asignación a una ciudad o una nación lo que da derecho a los individuos y a las masas para entrar en la red de comunicación de los aficionados al fútbol” (Signorelli 1999: 192), explica que cada vez con más frecuencia, cuando se producen victorias relevantes, los seguidores de los equipos “tomen” las calles de la ciudad para extender su dominio a todo el ámbito público, recuperando este como lugar de celebración popular (Signorelli 1999: 192-193). Este desbordamiento urbano de los aficionados del fútbol ha influido en los seguidores de otras competiciones deportivas de carácter más minoritario, demostrando su poder en este terreno.

En España, como se ha recordado, durante el franquismo, el fútbol servía para quitar a la gente de la calle. En los regímenes fascistas y autoritarios existe la plena conciencia de que la calle es un lugar de resistencia al poder establecido. El paso del espacio privado a la expresión en el espacio público sólo se puede producir cuando la masificación protege al individuo y asegura su anonimato. Por el contrario, con el restablecimiento de la democracia, como un fenómeno difuso —que, por otra parte, participa desde luego de un movimiento mucho más general (Cruces 1998)—, pero que se ha ido incrementando y consolidando en las últimas décadas, los

hinchas de fútbol han ido creando una “tradicción” que consiste en lanzarse masivamente a la calle, y a determinados lugares emblemáticos de los centros históricos de las ciudades, para celebrar una “fiesta” cada vez que sus equipos conquistan un título deportivo.

GEOGRAFÍAS FUTBOLÍSTICAS EN MADRID

Aunque en Madrid hay más equipos de fútbol del primer nivel, por distintos motivos de antigüedad, palmarés, historia, etc., son dos los más importantes: Atlético de Madrid y Real Madrid. Además, entre ellos funciona una rivalidad que afecta a la propia esencia de los seguidores, que deben ser tanto de su equipo como enemigos del contrario. Esta rivalidad intraurbana es un hecho bastante común (Bromberger 1995: 45-48), pero por encima de ella, los equipos madrileños forman parte de la elite histórica del fútbol español (Polo 1993) y ambos (al igual que el Fútbol Club Barcelona y el Athletic de Bilbao) superan en su hinchada y en otros muchos aspectos la mera identidad local, teniendo socios y peñas repartidos por toda España y en otros países. El Real Madrid ha sido elegido mejor club de la historia y su palmarés es impresionante (Escandell 2002). Este hecho, junto a unas relaciones privilegiadas con el régimen de Franco —en lo que, entre otras cosas, tuvo que ver que ganara la Copa de Europa seis veces, mejorando con ello la imagen exterior de la España franquista— y la cuestión de que su lugar preeminente está ligado a Madrid, como capital del Estado, lo convierte en el club más importante de España, seguido por el Fútbol Club Barcelona (Salvador 2005), que, a un palmarés también amplio, tiene asociada la imagen de oposición al franquismo (no del todo contrastada) y de firme defensa del hecho diferencial catalán (Shaw 1987: 61-65).

El Real Madrid ofrece una imagen cosmopolita en la que, junto a jugadores locales, hay sobre todo grandes figuras internacionales. La visión tópica del club incluye también la idea de que es el equipo de las clases políticamente más influyentes y económicamente dominantes, lo que, sin dejar de ser cierto en gran parte, se compagina con una política populista que se abre a todo tipo de socios y que propaga la idea de un club relativamente económico y democrático. La representatividad social del club es, por otro lado, muy amplia. El estadio del Real Madrid, el Santiago Bernabéu, uno de los primeros edificios que se levantaron durante el desarrollismo de la década de 1960, se encuentra muy céntrico, al norte de la ciudad, en el mismo Paseo de la Castellana, uno de los distritos de suelo más caro de la ciudad¹.

¹ Una ambiciosa operación deportivo-financiera-urbanística ha planificado la construcción de una nueva ciudad deportiva para el club, algo más alejada del centro de Madrid, todavía sin terminar.

El Atlético de Madrid es un equipo antiguo que, a pesar de su pasado también franquista como Atlético de Aviación y su grupo de ultras muy conocido, tiene una imagen más contestataria, obrerista y localista, que el orgulloso, españolista y oficialista Real Madrid. Aunque cuenta entre sus socios con personalidades relevantes, la base de su hinchada parece ser más popular, sin que sus precios sean por ello más económicos. Su palmarés, más corto que el del Real Madrid, la proverbial fidelidad de sus seguidores, a pesar de los resultados negativos en lo deportivo, y su estilo de juego “agónico” marcan el fuerte carácter del equipo, frente al dominio y la supremacía, obtenidos según los atléticos por razones extradeportivas, de su máximo rival. Aunque el Atlético es un club con seguidores en toda España, su relación con Madrid queda clara incluso en su escudo, que contiene el emblema de la villa. Su estadio, el Vicente Calderón (también conocido como del Manzanares, por el río al que está cercano²), data de los años 60 y cuenta con unas buenas instalaciones, pero se sitúa al sur de la ciudad, en una zona de antiguas fábricas y barrios de trabajadores, muy distinta a la zona norte de La Castellana.

Los dos estadios, Bernabéu y Manzanares, están separados en el plano por una línea, recta en un tercio de su recorrido, que discurre en su mayor parte, desde el estadio Bernabéu, por La Castellana y el Paseo del Prado, para desviarse hacia el oeste en su tramo sur, desde Atocha a la glorieta de Pirámides, para llegar al estadio del Manzanares. Este eje norte-sur marca una partición espacial que mantiene correspondencia con el resto de las oposiciones que se han resumido como características contrarias de los dos equipos.

Celebraciones con Neptuno

El área de influencia de los aficionados atléticos llegaría desde el río Manzanares hasta la fuente de Neptuno —monumento del siglo XVIII, situado en una plaza en el eje del Paseo del Prado, enfrente del Museo del Prado, y enfocado hacia la Carrera de San Jerónimo (donde están el palacio de Villahermosa y el edificio del parlamento)— que marcaría el límite norte del territorio atlético. Esta estatua de Neptuno es el símbolo del equipo, y alrededor de su fuente se han celebrado sus no muy numerosos recientes títulos. En la temporada 1995-1996 el Atlético de Madrid se proclamó a la vez campeón de liga y ganador de la Copa del Rey. Las celebraciones incluyeron la concentración de los seguidores en torno a la estatua del dios,

² También amenazado de traslado actualmente, debido a la extrema densidad del área urbana en que se encuentra.

desde donde partió el desfile de la comitiva oficial con el equipo y el entonces presidente del club (un controvertido personaje, implicado en tramas delictivas político-financieras), en una calesa tirada por caballos. La penetración del desfile hacia el centro de la ciudad se efectuó desviándose del eje Paseo del Prado-Castellana por la Carrera de San Jerónimo, para llegar a la Puerta del Sol (sede del gobierno de la Comunidad Autónoma de Madrid) y de allí, a la Plaza de la Villa (sede del Ayuntamiento) y a la Catedral de la Almudena (junto al Palacio Real, sede de la Patrona de Madrid, la Virgen de la Almudena, a la que se hace ofrenda de los títulos). En esta ocasión la estatua de Neptuno sufrió, durante su toma por los jugadores y los aficionados, el robo de su tridente de hierro que fue devuelto, anónimamente, poco después.

Con todo, la identificación de la hinchada del Atlético con su territorio sureño dentro de la ciudad ha podido apreciarse con total claridad en la última celebración del club, con motivo del centenario de su fundación. El sábado 26 de abril de 2003 tuvo lugar un impresionante desfile de aficionados (la prensa dio la cifra de 60.000 asistentes. *Diario As*, 27-4-2003) portando una inmensa bandera de franjas rojas y blancas (los colores del club) de 1.500 metros de longitud (con la que se pretendía batir el récord *Guinness* de tamaño de banderas). El recorrido establecido se iniciaba con una concentración en la fuente de Neptuno, que ya de madrugada recibió la visita de los hinchas que decoraron la estatua con la bufanda del club. De allí, la enorme bandera fue transportada en volandas por miles de aficionados en dirección sur, por el paseo del Prado, Atocha, el paseo de Pirámides, hasta llegar, tras más de dos horas de itinerario, al estadio del Manzanares.

En esta exhibición ciudadana de los aficionados atléticos pueden verse algunas claves de distinción frente a las celebraciones de su equipo rival; más elitistas, por una parte, y, por otra, muy circunscritas al "ritual" en torno a La Cibeles. El Atlético con su inmensa bandera en movimiento cubrió un amplio territorio que quedó simbólicamente marcado como el de sus partidarios (que quiere hacerse coincidir con el de las clases más populares de la ciudad), pero además dio la oportunidad de una participación muy directa en su fiesta a los seguidores de todo tipo (y no solo a los hinchas más organizados), que se relevaban para portar la enseña o la acompañaban, salvando incluso los obstáculos urbanos que encontraban en su recorrido. Además, éste se desarrolló en un ambiente de gran civismo, fuerte sentimiento participativo y ausencia de actos de violencia o disturbios, muy diferente al que la opinión pública asocia a los *hooligans*.

Pero también pudieron influir en la elección de esta *performance* tipo desfile cívico los problemas que las autoridades municipales habían ya in-

terpuesto, en ocasiones anteriores, para que los hinchas del Atlético de Madrid pudieran entrar en la fuente o encaramarse a la estatua de Neptuno. De hecho, en el final de la liga de fútbol del año anterior (17-5-2002), la policía les impidió el acceso a la fuente cuando pretendían la toma de la misma para celebrar que el equipo había conseguido el ascenso a la primera división de la liga tras dos temporadas en segunda. En algunos periódicos se comentó al respecto el agravio comparativo que el entonces alcalde (José M. Álvarez del Manzano, del Partido Popular) había cometido, ya que los jugadores del Real Madrid sí que consiguieron subirse a La Cibeles para celebrar su título de Campeones de Europa (*La Voz de Galicia*, 18-5-2002).

Las dos fuentes —de Neptuno y de Cibeles— están muy cercanas y situadas en una línea recta a una distancia de unos 250 mts., en el mismo Paseo del Prado. Entre ellas hay una tercera, dedicada a Apolo, que marca algo así como un limen que separa los “territorios” festivos de las hinchadas rivales. La fuente de Cibeles, también del siglo XVIII, ocupa el centro de la plaza monumental que lleva su nombre, cortando el trazado de la calle de Alcalá, entre la Puerta de este nombre y su confluencia con la Gran Vía, y es uno de los lugares más emblemáticos de Madrid³.

Siguiendo con la hipótesis territorial que mantenemos (Ortiz 2004), La Cibeles sería el límite sur del territorio del Real Madrid, que comenzaría en la plaza del estadio Bernabéu y comprendería toda la línea de la Castellana y varias de sus glorietas, asimismo adornadas con estatuas y fuentes, en varias de las cuales también se han bañado los hinchas cuando tienen celebraciones. El eje señalado, que se dibujaría entre los territorios de influencia de los dos estadios al norte y al sur, sería ocupado por las aficiones en los momentos en que invaden la calle impulsados por las victorias de su equipo. Los atléticos suben desde el sur y se detienen en Neptuno; los madridistas bajan por la Castellana para llegar a su límite de La Cibeles; ambos, en cada caso correspondiente, llegan al centro monumental de la ciudad, donde se concentran en torno a “su” fuente. En esta geografía simbólicamente marcada por el estadio, donde se celebra el partido, y las fuentes, donde se celebra la victoria, se produce desde hace más de dos décadas la toma de la calle y el centro de la ciudad. Significativamente, las comitivas oficiales de los dos equipos penetran, para hacer sus visitas de cortesía y ofrecer los títulos a las autoridades laicas y religiosas, por dos vías distintas (carrera de San Jerónimo, el Atlético y calle de Alcalá, el Madrid), que par-

³ Las fuentes de Neptuno, Cibeles y Apolo fueron proyectadas por el arquitecto real Ventura Rodríguez entre 1777 y 1782 como ornamentos principales del Paseo del Prado, aunque fue durante el siglo XIX cuando se varió su emplazamiento.

ten cada una de “su” fuente para confluír en la Puerta del Sol, centro geográfico de la ciudad.

La fiesta de La Cibeles

Aficionados y periodistas coinciden en que la primera vez que los seguidores de fútbol se concentraron en La Cibeles fue con motivo del triunfo de la selección española sobre la de Dinamarca, en el Mundial de Fútbol de México en 1986, por cinco goles a uno. Posteriormente, las celebraciones fueron en aumento, incluyendo siempre el asalto de la estatua que, como consecuencia, ha sufrido daños en varias ocasiones, como en 1994 cuando, en el curso de la concentración con motivo de la victoria de España sobre Suiza en el Campeonato del Mundo, resultó rota su mano izquierda, que debió ser restaurada.

Esta “tradición” —cuyo inicio tuvo, significativamente, como motivo las hazañas de la selección nacional de fútbol— se siguió repitiendo y haciéndose más frecuente para celebrar los títulos que, cada vez en mayor medida en esos años, iba cosechando el Real Madrid. Así, a medida que los éxitos del club eran mayores, las concentraciones en La Cibeles iban aumentando de tamaño. En 1998, el Real Madrid se proclamó campeón de Europa de fútbol, un título que no conquistaba hacía 32 años. Durante la celebración de la fiesta en La Cibeles se produjeron daños en el ajardinamiento y el mobiliario urbano, y graves disturbios, y hubo protestas formales por parte de sectores políticos y culturales de la ciudad.

Los mismos hechos vuelven a producirse en el año 2001, al ganar el Real Madrid la liga. En medio de fuertes medidas de control y seguridad (900 policías, dispositivo de protección civil, vaciado del agua y vallado de la fuente, etc.), unas 300.000 personas (según la prensa) se reunieron para ver cómo los jugadores trepaban a la estatua en medio de una lluvia de confeti. Raúl —el ídolo del equipo en aquel momento— fue el encargado de poner a la ya bautizada como “Diosa blanca”, la bufanda del mismo color del club en recuerdo de la victoria. Luego, todos los jugadores la fueron besando. Al bajar los futbolistas de La Cibeles, ésta quedó adornada con una bandera española en la cabeza, la bufanda del Real Madrid al cuello y otra bufanda del equipo en el brazo izquierdo. Esta celebración de La Cibeles se repite siempre en paralelo a la conmemoración oficial que tiene lugar en el estadio y que incluye también la presencia del equipo y los directivos en las sedes de las autoridades políticas, para brindar el trofeo a la ciudad, y de la jerarquía religiosa, para ofrecerlo a la patrona de Madrid.

La última “toma” de La Cibeles por los futbolistas del Real Madrid tuvo lugar el 15 de mayo de 2002, con motivo de haber logrado su novena Copa

de Europa, en Glasgow, jugando contra el Bayer Leverkusen. Ante la alarma social y las protestas que se habían producido por expertos en conservación del patrimonio y por parte de la oposición política —de izquierdas— en el Ayuntamiento y la Comunidad de Madrid, las autoridades pactaron con el club que sólo el capitán del equipo podría subir a lo alto del monumento para mostrar desde allí la copa (conocida popularmente como la “orejas”) a los hinchas. Para el resto de los jugadores se habilitó una plataforma circular sobre la taza de la fuente. Sin embargo, de nuevo todos los futbolistas se encaramaron a la estatua. Ésta no sufrió daños, pero sí hubo destrozos en el entorno y graves disturbios protagonizados por los grupos de *hooligans* (*El País*, 16-5-2002: 56). Una vez más, el alcalde mostró su “enfado” y el presidente de la Real Academia de Bellas Artes manifestó su indignación, y se volvieron a repetir en los medios de comunicación los discursos sobre el pésimo “ejemplo” de civismo y ciudadanía que las estrellas de fútbol presentaban con su conducta.

De hecho, y aunque sin relación directa con las fiestas del Real Madrid, unos meses después, el 21 de septiembre de 2002, el monumento sufrió una agresión definitiva por parte de cinco jóvenes que, en estado de ebriedad, se bañaron en la fuente y se encaramaron a la estatua rompiendo su mano izquierda, que porta la llave de la ciudad. Huyeron llevándose con ellos la mano de piedra que, al parecer, abandonaron en un contenedor de residuos de obra y, aunque fueron detenidos por la policía, no fue posible recuperar los fragmentos, por lo cual hubo que proceder a la reposición total de la mano con material nuevo, gracias a un molde y vaciado que existían de la misma tras la restauración que se hizo de la estatua en 1979. Aunque se trató de una acción individual y aislada, quedó bastante claro que el proceder de los jóvenes —estudiantes de clase acomodada— autores del delito contra el patrimonio estaba “inspirado” por el de los futbolistas del Real Madrid. Así apareció reflejado por los periodistas en un primer momento (*El País*, 27-9-2002. Madrid: 3) y en parte de la opinión general:

La última agresión es hija directa de esa barbaridad autorizada por el señor Manzano [alcalde de Madrid en esa época] de festejar éxitos futboleros encaramándose a un monumento emblemático de Madrid [...] Se ha detenido a unos jóvenes pero ¿con qué fuerza moral puede un fiscal acusar por unos hechos que se vienen perpetrando periódicamente con impunidad e incluso autorizados? (Carta de Isabelo Herreros. Presidente de la Asociación Manuel Azaña, *El País*, 12-10-2002).

En cualquier caso, en esta ocasión se trató de un daño irreversible. Es verdad que el monumento tenía ya antes una historia de intervenciones y desgastes sobre él y que había sido agredido con anterioridad: en 1931 sufre roturas en la mano izquierda; son conocidas las fotografías en que el monumento aparece protegido por sacos terreros durante la resistencia de

Madrid en la guerra civil de 1936; en 1979 se lleva a cabo una restauración general de la fuente con criterios modernos; en 1986 es rociada con pintura; en 1994 se produce una nueva rotura de la llave de la mano izquierda que requiere otra restauración. También es cierto que en Madrid no es un hecho aislado el que se produzcan intervenciones, asaltos, daños y robos de muy diversa consideración en los monumentos, pero la pérdida definitiva de la mano izquierda de La Cibeles constituyó un punto de inflexión en la consideración de la permisividad de las autoridades municipales en el uso del patrimonio urbano.

Así, el por entonces recién estrenado alcalde, Alberto Ruiz-Gallardón —también del partido de derechas, PP— prohibió a los jugadores del Real Madrid subir a La Cibeles para celebrar su triunfo en el campeonato de liga (el 29 título de su palmarés), el 22 de junio de 2003 y, para impedirlo, rodeó al monumento con una valla de metacrilato de una considerable altura. A pesar de esta prohibición —que, por otra parte, ya se había producido en otras ocasiones— los futbolistas hicieron el habitual recorrido en autobús, desde el estadio Bernabéu hasta la plaza de Cibeles, como siempre repleta de seguidores, y se subieron a la pasarela que se había habilitado rodeando la fuente para que, desde ella, pudieran saludar y ser vistos por toda su afición. Allí intentaron negociar con la policía que protegía el monumento para que, al menos, un miembro del equipo pudiera colocar la bufanda del club a la diosa y el jugador madrileño Raúl intentó hacer valer para ello su carisma y poder mediático con los mandos policiales. Ante la negativa recibida, los jugadores dieron por terminada la fiesta y se marcharon. Además amenazaron con no asistir al día siguiente a los actos oficiales en el Ayuntamiento y la sede del gobierno autónomo (*El País*, 24-6-2003: 46). En declaraciones posteriores, el alcalde ha manifestado que la foto de los jugadores del Real Madrid encaramados a La Cibeles no podrá volverse a repetir.

Este cambio de posición de las autoridades con respecto a la “tradicional” fiesta del fútbol coincidió —y fue utilizado, de hecho, como coartada por la plantilla de jugadores— con una crisis en las relaciones entre los futbolistas y los directivos del club, durante la cual, tanto el presidente de la entidad como las autoridades políticas locales reprimieron las manifestaciones de autonomía, y para algunos prepotencia, de los jugadores del Real Madrid.

FIESTAS EN LA CALLE Y USOS DEL PATRIMONIO

Como estamos viendo, con mucha frecuencia y relativa facilidad, grandes masas de gente “toman” las calles de Madrid. Este fenómeno, que no

es ni mucho menos exclusivo de esta ciudad, tiene en ella, no obstante, ciertos rasgos particulares, que tienen que ver, entre otros factores, con ostentar la capitalidad del Estado y con su historia más reciente. Así, las calles de Madrid pasaron de ser el escenario privilegiado de los movimientos de masas organizados como espectáculo de adhesión a su régimen político por el general Franco, a ser el espacio donde se manifestaban preferentemente las tensiones políticas y los conflictos sociales. En la ciudad, además de las muchas, y masivas, manifestaciones políticas, se celebran también otra clase de desfiles cívicos, espectáculos deportivos, etc. Las fiestas del fútbol se incluirían, pues, dentro de estas representaciones de grandes grupos de gente que actúan en el espacio público con muy distintos objetivos, pero entre los que está siempre, de un modo preeminente, la voluntad de autorrepresentación frente a la opinión pública y los medios de comunicación. En este sentido el desfile de la bandera atlética en las celebraciones de 2003 es un ejemplo paradigmático.

Pero, además, en las celebraciones futbolísticas se toman no ya las calles, sino los monumentos y de forma tan literal que se ha llegado a producir daños irreparables en obras de arte de indudable valor patrimonial. En el Madrid actual las agresiones hacia determinados monumentos, fundamentalmente estatuas, son relativamente frecuentes: durante el año 2001 se contabilizaron 389 casos de maltrato a monumentos urbanos. La escultura ecuestre del general Franco situada en la plaza de San Juan de la Cruz, que fue retirada por el gobierno en 2006, seguramente era la que recibía más agresiones, sin duda por motivos políticos, pero otros monumentos emblemáticos de la ciudad, como la estatua de Mariblanca, El oso y el madroño, Daóiz y Velarde o el pabellón de Alfonso XII en el Retiro no se han librado de ellas (R. Cantalapiedra, “La cabra”, *El País*, 8-9-2002; Madrid: 12). Aparte del vandalismo, existen motivaciones de tipo, podríamos decir, político o representacional, en el uso de los monumentos urbanos, que quedan claras en las agresiones continuas a las estatuas de Franco y en la utilización de los monumentos como soporte de manifestaciones o actuaciones de tipo reivindicativo. Dos imágenes madrileñas son memorables en este sentido: la de La Cibeles amurallada y rodeada de pancartas durante la guerra civil y la manifestación de jóvenes libertarios sobre la estatua erigida a los héroes del dos de mayo (libertadores de Madrid en la guerra con Napoléon), durante las primeras fiestas locales de la etapa democrática, popularizada a través de su muy repetida fotografía.

En otro lugar (Ortiz 2004) he mantenido que las modernas fiestas del fútbol que nos estamos acostumbrando a ver por televisión en muchas ciudades españolas, y concretamente, la “toma” de la plaza de La Cibeles por los hinchas del Real Madrid, pueden ser vistas como “fiestas del pueblo”

—en el sentido Bajtiano— porque, momentáneamente instalan el lenguaje de la calle en el teatro simbólico de la cultura elitista, aunque no se represente ningún guión preciso, en el sentido teatral —como podría apreciarse mejor en la actuación de los hinchas organizados en el propio estadio durante los partidos— sino que, más bien, la masa actúe, moviéndose en algo parecido a una danza (Delgado 1999: 184). En esta fiesta, la gente “usa” carnavalísticamente la ciudad: su diseño urbano, sus ornamentos, sus paseos y sus obras de arte, desritualizándolos, subvirtiéndolos su lenguaje y sus funciones, y estableciendo momentáneamente nuevas relaciones entre los sujetos (Bajtín 1971: 10-23; Davis 1988: 1-48; Cruces 1998; Delgado 2000); tomando, incluso, del repertorio de la cultura popular tradicional, el elemento habitual del baño en la fuente pública de las fiestas juveniles.

Es obvio que habría muchos elementos contradictorios que analizar en las concentraciones que estamos tratando y en las relaciones que en ellas se establecen con monumentos históricos emblemáticos, pero me parece que el carácter carnavalesco de la fiesta popular está en la base de la revitalización de muchas celebraciones que se ha desarrollado en España desde la Transición política, y también es lo que inspira la ocupación del espacio público para muchas funciones, incluso distintas a la festiva. Durante el tiempo reglado, cotidiano, las prácticas que se producen en el espacio público son ajenas, y hasta pueden resultar contradictorias con las originarias de la calle, la plaza o el monumento; así una fuente —La Cibeles— se ha convertido en un adorno, pero, sobre todo en una glorieta que permite la regulación de un tráfico rodado de extraordinaria intensidad. La práctica festiva desvela otros usos posibles y, así, las masas pueden, obviamente en determinadas ocasiones y bajo ciertas condiciones, invadir la calzada e impedir el tráfico, y pueden “adornar” a su manera los ornamentos cívicos, envolviéndolos, revistiéndolos o desvistiéndose encima de ellos. Como ha expuesto M. Delgado (1999: 197), la ocupación del espacio público puede ser “inamistosa —antiurbanística y antiarquitectónica—”. Así pues, la manifestación de fuerza que ejerce la gente mediante el dominio de la calle y la alteración de las normas del comportamiento urbano, supone una rebelión frente a las instancias de poder que las han creado y marca la tensión que siempre subyace entre la *urbs* (sociedad urbana en desarrollo) y la *polis* (orden y control político de la ciudad) (Delgado 1999: 192-196).

LOS DUEÑOS DE LAS ESTATUAS

Un ámbito donde se dirime esta contraposición *urbs-polis*, que puede verse en la toma, más o menos ritualizada, de estatuas y fuentes por los hinchas de fútbol en Madrid, es el de la gestión social y política del patri-

monio histórico. En este caso, no es sólo la calle la que un grupo masivo de personas reclama como “suya”; también reclaman los monumentos: obras de arte antiguas, adecuadamente catalogadas y conservadas, cuya autoría y estilo son perfectamente conocidos por los expertos en patrimonio; que están situadas en lugares centrales de la ciudad, precisamente para cumplir el objetivo de distinguirla y solemnizarla, y que representan figuras mitológicas con iconografías y significados lejanos de la cultura y la visión histórica de las clases populares (García-Canclini 1989: 270; Veyne 1990). Como se ha señalado (García Canclini 1999: 17-18), el patrimonio cultural es un recurso más en el sistema de reproducción de la desigualdad social, en cuanto que sanciona el acceso no igualitario a la producción y distribución de bienes. De manera que la retórica de que el patrimonio, en cuanto herencia, nos pertenece a todos, en realidad encubre un acceso por definición desigual a los bienes culturales de carácter patrimonial y que está determinado, obviamente y como el resto de los consumos, por diferencias económicas (Bourdieu 1969; Bourdieu y Eribon 1979).

Tal vez —y sin olvidar ni justificar la existencia de vandalismo y el peligro que las concentraciones masivas de personas pueden conllevar— la apropiación de las estatuas, y la dotación de poder simbólico a los dioses o figuras que representan, por parte de los aficionados al fútbol pertenecientes a clubes no nos deba parecer algo tan raro ni totalmente alejado de los usos habituales del patrimonio monumental de las ciudades históricas. Es evidente que la función emblemática de los monumentos urbanos está en su mismo origen; se trata de edificios y estatuas concebidos en sí mismos, formal y conceptualmente, y erigidos en lugares preeminentes para la conmemoración de hechos, personajes o conceptos que se seleccionan porque están de acuerdo con una organización política establecida, a su vez dirigida por una determinada ideología (Agulhon 1978; Veyne 1990). Pero también es verdad que en nuestras viejas ciudades muchos de estos monumentos tuvieron en su tiempo una función utilitaria (como puertas, fuentes, etc.); otros han sido además, a lo largo de la historia, reutilizados para fines cotidianos distintos a los originales, y, en cualquier caso, su carácter primero, el personaje representado, al que se dedicó o el que lo mandó erigir, se han olvidado, mientras que los monumentos en sí han ido adquiriendo otros significados y utilidades para la colectividad o la comunidad que convive e interacciona continuamente con ellos (Signorelli 2001). El patrimonio es así, como lo es el pasado también en un sentido, algo vivo y familiar para la colectividad que, en cada momento, es su heredera y por tanto sus usos a veces no coinciden exactamente con el disfrute o las otras funciones pautadas que en principio los especialistas en patrimonio o las autoridades urbanas han diseñado o consideran pertinentes (Kirshenblatt-

Gimblett 1998), por lo que estas visiones populares del patrimonio tienden a olvidarse o censurarse (García Canclini 1989: 281).

Por otro lado, las celebraciones deportivas masivas —dado que la influencia del fútbol como deporte rey ha hecho cundir el ejemplo en otras disciplinas deportivas— de las que estamos tratando, sitúan en un primer plano otro aspecto fundamental de las políticas de patrimonialización y participación pública en los espacios monumentales, como es el de la legitimidad de la apropiación y las posibilidades del acceso a esos bienes por parte de los distintos actores sociales.

Lo que resulta directamente apreciable para cualquier observador en esta nueva tradición de celebrar las victorias futbolísticas en las plazas, fuentes y estatuas más relevantes de la ciudad, es que, a través de un grupo emblemático —los jugadores del equipo victorioso—, que tiene la representación otorgada por los miles de seguidores allí presentes, son éstos —el grupo— los que se apropian de ellas: las visten, las besan y se bañan en su pilón.

No hay duda de que los ciudadanos tienen conciencia del valor histórico-artístico y la fragilidad de los monumentos, como no la hay acerca de su conocimiento de su carácter simbólico. Por eso, para justificar la utilización de un bien que, por un lado, se reconoce de propiedad y con valores simbólicos para un grupo social más amplio (todos los ciudadanos), pero, por otro lado, está relacionado por sus orígenes con la cultura letrada y las clases elitistas (por tanto, vedado para la mayoría), se recurre a la legitimación de los hechos mediante otro concepto también ligado a la cultura y a la herencia, pero que parece más propio de la cultura popular que de la culta: la tradición (Cf. Ortiz 2004: 206-207). La fiesta —un hecho cultural de primer orden en nuestro país— es el referente empleado por los medios de comunicación, por los políticos y los directivos de los clubes, pero también por los hinchas, para la categorización de su participación masiva, y muchos elementos de las fiestas populares ya hemos visto cómo aparecen en el primer plano en la práctica de las celebraciones (fuentes, baños, ingestión de alcohol, cánticos, bailes, patronazgo, participación comunitaria, carnaval, disfraz...). La fiesta tradicional es así el modelo para las celebraciones deportivas, que tienen lugar en el lugar y con la figura elegida como “representación” del equipo y sus seguidores. La Diosa Blanca —como ha sido bautizada la estatua de La Cibeles— o Neptuno adquieren este carácter y por tanto concentran en torno a sí la fiesta que sirve de expresión colectiva del éxito alcanzado, para el cual la imagen actúa como fetiche.

Otro término de justificación o legitimación para la apropiación del monumento depende de ciertos valores ideológicos en que se funda nuestra propia civilización, que incluyen la consideración de la heroicidad como elemento esencial de la práctica deportiva, que otorga al logro de hazañas

deportivas la máxima consideración, y que identifica sus propias potencialidades y valor relativo con los resultados obtenidos por sus deportistas en las competiciones organizadas según una geografía política en que la competencia por la relevancia adquiere una extensión mundial. Así pues, si el deporte es tan importante para la distinción, no sólo de quien lo practica, sino fundamentalmente para quienes se sienten partícipes de los resultados obtenidos en un sistema competitivo basado en el éxito-fracaso, y si a esto unimos la importancia del fútbol en el terreno de las identidades de los grupos sociales, no debemos extrañarnos de la permisividad, la tolerancia, o incluso el ensalzamiento de las conductas peligrosas para la conservación de los bienes monumentales que las concentraciones que estamos viendo conllevan.

De las victorias y hazañas deportivas logradas por el equipo y de las que participan —en toda la extensión del término— los seguidores se obtiene la fuerza, la legitimidad y la ocasión para reivindicar la propiedad ciudadana del patrimonio y “vivificar” los símbolos urbanos, normalmente muertos y sometidos al control político de las autoridades. Así, la competición de los equipos de fútbol sirve también para librar otras “guerras” simbólicas (Capistegui y Walton 2001). La pasión por el fútbol moviliza a la gente y posibilita un momento y un lugar para la manifestación de su fuerza y su expresividad transgresora (Cruces 2004) en el espacio público, que está habitualmente sometido al control del orden político. El poder del fútbol, mediatizado desde luego por las grandes corporaciones que son sus clubes en España; los éxitos de los jugadores, metafóricamente apropiados por sus miles de seguidores, toma la calle y las estatuas, en un acto de orgulloso desafío al control político, al orden urbano y al concepto elitista de aprecio del patrimonio histórico-artístico. Tal vez este sea un efecto no deseado, una vaharada de venganza producida en la postmodernidad por el denostado “opio del pueblo”.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ADÁN REVILLA, M. T. 1998. “Ultras e hinchas: política y violencia en el fútbol en España (1982-1997)”. *Investigaciones en Ciencias del Deporte* 20. *Política y violencia en el fútbol*. Madrid: Consejo Superior de Deportes: 107-129.
- AGULHON, M. 1978. “La ‘statuomanie’ et la histoire”. *Ethnologie Française* 8 (2-3): 145-172.
- ARMSTRONG, G. y R. GIULIANOTTI (eds.). 1997. *Entering the Field. New Perspectives on World Football*. Oxford: Berg.
- ARCHETTI, E. P. 1995. “Nationalisme, football et polo: tradition et créolisation dans la construcción de l'Argentine moderne”. *Terrain* 25: 73-90.
- BAJTIN, M. 1971. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Barcelona: Barral (ed. orig. 1965).

- BOURDIEU, P. 1969. *L'amour de l'art, les musées d'art européens et leur public*. París: Ed. de Minuit.
- y D. ERIBON. 1979. "Des goûts artistiques et des classes sociales". *Libération* 3-4: 12-13.
- BROMBERGER, CH. 1995. *Le match de football. Ethnologie d'une passion partisane à Marseille, Naples et Turin*. París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- 2000. "El fútbol como visión del mundo y como ritual", en M.^a A. Roque (ed.), *Nueva antropología de las sociedades mediterráneas*: 253-274. Barcelona: Icaria.
- CAPISTEGUI, F. J. y J. K. WALTON (eds.). 2001. *Guerras danzadas. Fútbol e identidades locales y regionales en Europa*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra S.A.
- CRUCES, F. 1998. "El ritual de la protesta en las marchas urbanas", en N. García-Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México, I*: 27-83. México: Grijalbo.
- 2004. "Procesos formativos en la expresividad urbana: tradición, instrumentalidad, autocensura, transgresión y comunicación crítica", en C. Ortiz (ed.), *La ciudad es para ti. Nuevas y viejas tradiciones en ámbitos urbanos*: 19-35. Barcelona: Anthropos.
- DAVIS, S. G. 1988. *Parades and Power. Street Theatre in Nineteenth-Century Philadelphia*. Berkeley: University of California Press.
- DELGADO, M. 1999. *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- 2000. "La ciudad y la fiesta: afirmación y disolución de la identidad", en F. J. García Castaño (ed.), *Fiesta, tradición y cambio*: 73-96. Granada: Proyecto Sur de Ediciones.
- DUNNING, E. 1990. *Football Hooliganism in the United Kingdom*. Leicester: Sir Norman Centre for Football Research.
- ELIAS, N. 1992. "Introducción", en N. Elias y E. Dunning (eds.), *Deporte y ocio en el proceso de civilización*: 31-82. México: FCE (ed. orig. 1966).
- ESCANDELL, B. (dir). 2002. *Historia del Real Madrid, 1902-2002*. León: Everest, 2 vols.
- FÁBREGAS, A. 2001. *Lo sagrado del Rebaño. El fútbol como integrador de identidades*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- GARCÍA-CANCLINI, N. 1989. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- 1999. "Los usos sociales del patrimonio cultural", en E. Aguilar (coord.), *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*: 16-33. Granada: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía-Editorial Comares (ed. orig. 1993).
- HANNERZ, U. 1998. *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*. Madrid: Cátedra (ed. orig. 1996).
- KIRSHENBLATT-GIMBLETT, B. 1998. *Destination Culture. Tourism, Museums and Heritage*. Berkeley: University of California Press.
- MACCLANCY, J. V. 1996. "Nationalism at Play: The Basques of Vizcaya and Athletic Club de Bilbao", en J. V. MacClancy (ed.), *Sport, Identity and Ethnicity*: 181-199. Oxford: Berg.
- ORTIZ, C. 2004. "Celebraciones del fútbol y representaciones patrimoniales de la ciudad", en C. Ortiz (ed.), *La ciudad es para ti. Nuevas y viejas tradiciones en ámbitos urbanos*: 187-215. Barcelona: Anthropos.
- PADIGLIONE, V. 1996. "Antropología del deporte y del ocio", en J. Prat y A. Martínez (eds.), *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*: 394-404. Barcelona: Ariel.
- POLO, J. 1993. *El fútbol en Madrid: De actividad lúdica a espectáculo de masas, 1898-1945*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- ROVERSI, A. 1998. "Fútbol, afición y violencia. El gamberrismo futbolístico en Italia", *Investigaciones en Ciencias del Deporte*, 20. *Política y violencia en el fútbol*. Madrid: Consejo Superior de Deportes: 45-105 (ed. orig. 1992).

- SALVADOR DUCH, J. 2005. *Futbol: metàfora d'una guerra freda. Studi antropològic del Barça*. Barcelona: Proa.
- SHAW, D. 1987. *Fútbol y franquismo*. Madrid: Alianza.
- SIGNORELLI, A. 1999. "La hinchada y la ciudad virtual", *Antropología urbana*. Barcelona: Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana: 189-205. (ed. orig. 1996).
- 2001. "Este palacio está sobre las ruinas romanas..." Ciudad, monumentos y producción de conciencia histórica", en G. Mairal (ed.), *Antropología de las ciudades históricas. Revista de Antropología Social* 10: 53-69.
- VEYNE, P. 1990. "Propagande expression roi, image idole oracle". *L'Homme* n.º 114, XXX (2): 7-26.